



CAPÍTULO XVIII

LA CARIDAD

I

LA caridad, dicen los teólogos, es una virtud teológica, infundida en el alma por Dios Nuestro Señor; virtud por la cual amamos al Señor sobre todas las cosas por sí mismo, y á nosotros mismos y al prójimo por Dios. El objeto material adecuado de la caridad es Dios, nosotros mismos y el prójimo. Su objeto formal es Dios, sumamente bueno é infinitamente amable; ya que la infinita bondad y la amabilidad del Señor es el motivo por el cual la caridad se dirige á su objeto (1).

La caridad es la más excelente de todas las virtudes; porque la virtud, que es el principio de los actos buenos, se acomoda á la regla de estos mismos, esto es, á la razón humana y á

(1) Charnes, hlc.

Dios, que es la regla primera, á la cual debe conformarse la razón humana. Ahora bien: las virtudes teologales que se conforman con la regla primera, que es Dios, son más excelentes que las morales, que se conforman á la razón humana. Siendo esto así, es preciso que entre las virtudes teologales sea mejor la que más se aproxime á Dios, y esta es la caridad. La fe y la esperanza se acercan á El por el conocimiento de lo verdadero ó para la consecución del bien; mas la caridad llega á Dios para reposar en su seno (1). ¡Oh maravillosa virtud, exclama el Padre Granada, raíz de todas las virtudes! tú eres la hija mayor de la gracia, espejo de religión, peso de merecimientos, vestidura de bodas, heredad de los hijos de Dios, llave del paraíso, alimento del alma, dulzura del corazón, fortaleza de los que sufren, corona de los que vencen, hermana de la verdad, madre de la sabiduría, compañera de los santos, alegría de los ángeles, espanto de los demonios, victoria de los vicios y cumplimiento de toda perfección. Sin tí desfallecen las fuerzas humanas, obscurécese el entendimiento, queda sin vida la fe, presume la confianza, piérdese el mérito de todo bien que se hace; mas contigo el hombre está fuerte en las tentaciones, en las prosperidades humilde y en las adversidades seguro.

Pues si tantos frutos acarrea consigo esta vir-

(1) 2-2, q. XXIII, a. VI.

tud, ¿no será razón que el sabio mercader del Evangelio, hallada esta preciosa margarita, dé todo lo que tiene por ella? ¿Qué ejercicios, qué mortificaciones, qué trabajos se podrán aquí enseñar que no sea muy bien empleado todo lo que se gastare en ellos por esta joya tan preciosa? Mucho más es lo que se pide que lo que el hombre puede dar, comparado con Dios, el cual se posee por la caridad. Dios es caridad, dice San Juan, y quien está en caridad, está en Dios y Dios en él. Sobre esto dice San Bernado: Dios es caridad; ¿qué cosa más preciosa? Y quien está en caridad está en Dios; ¿qué cosa más segura? Y Dios en él, ¿qué cosa más deleitable? ¿Poco es decir que Dios es caridad, poco es tener á Dios en sí? Á sólo la caridad conviene este privilegio, que Dios se llame caridad. ¿Por qué no se dice que Dios es humildad, ni castidad, ni obediencia? ¿Por qué como toda virtud sea don de Dios, sólo ésta entre todas las virtudes goza de este privilegio, que sea don de Dios y se intitule de nombre de Dios (1)?

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y primer mandamiento (2). Debemos amar á Dios Nuestro Señor porque Él es sér de los seres y tiene en sí mismo la plenitud de la vida; porque es la bondad infini-

(1) Adiciones al Memorial, cap. I, pár. I.

(2) Math. XIII, 37, 38.

ta, amabilísima y perfecta; por su adorable y eterna grandeza; por ser Él quien es; porque de Él hemos recibido la vida y todos los beneficios de que disfrutamos y por los que ha determinado concedernos. Nos ha dado á su Hijo Unigénito y con él todas las cosas, y también nos ha dado á su Espíritu Santísimo; porque nos ha amado primero previniendo con el suyo nuestro amor, y si no le amamos permaneceremos en la muerte. Él es la verdadera y única dicha del hombre, para quien no hay fuera de Dios sino miserias y desgracias. Siendo esto así, imposible parece que el hombre no le ame, y todavía más, cuando el hombre en sí mismo siente la más profunda y dulce inclinación hacia Dios, el sumo y eterno Bien; cuando todas las criaturas le descubren su triste insuficiencia, su miseria para dar la dicha que el hombre va buscando á todas partes, y cuando una experiencia dolorosa le ha probado esa verdad. ¿Qué ha encontrado en las criaturas de la dicha que anhelaba? Tristes vanidades, crueles desengaños, desolación del alma, lágrimas y dueños, remordimientos que no le dejan descansar y los más espantosos terrores cuando piensa en la vida futura. ¿Dejará, pues, de amar con todo su afecto al Sér de los seres, al Dios soberano y amable que le libra de toda desgracia y que tiene en su seno la fuente de toda ventura?

Dios nos manda que le amemos sobre todas las cosas. Este es el gran precepto de la Ley, así nos lo ha mandado expresamente. Tal pre-

cepto, por una parte descubre lo que somos, y por otra nos está diciendo quién es Dios. Somos miseria y triste corrupción, y por eso nos inclinamos al mal, de tal manera, que podemos exclamar casi á cada instante: ¡infelices de nosotros! ¿Quién nos librará del cuerpo de esta muerte? Desde este punto de vista, el precepto que Dios nos ha impuesto tendrá que llenarnos de confusión y de vergüenza. Esto es lo que somos y tales son nuestras obras. Tan miserables, tan indignos, que dejamos al que es la fuente de vida y manantial de dulzura infinita, santísima pureza, encantadora y eterna hermosura; vamos en busca de aguas corrompidas que nos dan la muerte, nos manchamos con la ignominia del pecado, y amamos una falsa belleza que degrada y corrompe los afectos más puros del alma. ¿Por qué no humillarnos más y más, despreciarnos á nosotros mismos, reflexionando en nuestra indigna conducta?

Lo que acabamos de decir nos suministra materia abundantísima para las más santas meditaciones. Ensalcemos cuanto sea posible la soberana grandeza de Dios y bendigamos y glorifiquemos su bondad amabilísima, y después de un instante pensemos en nuestros pecados. En vez del amor que debíamos al que es la infinita bondad, le hemos dado el olvido, si así podemos decirlo, y le hemos ultrajado con nuestros delitos. ¡Qué lágrimas de inmenso dolor, y qué suspiros de una amargura profundísima tendrá que arrancarnos aquel pensamiento!

El precepto que Dios se ha dignado imponernos acerca de su amor divino, nos está mostrando cuán dulce y amable es para nosotros su bondad santísima. Nos manda que le amemos, porque así lo exige la gloria que le corresponde, mas también porque en amarle está cifrada toda nuestra dicha; y El nos ha criado para ser felices y por el amor que se dignó tenernos desde la misma eternidad. El que ama desea el bien de la persona amada; y Dios nos ama en tanto grado, que quiere para nosotros el sumo y eterno bien, una dicha infinita, que es Él mismo, y en la gloria le veremos, le amaremos y gozaremos de Él eternamente.

Pensando en nuestras culpas, acordémonos de las manifestaciones de la bondad de Dios para con nosotros. Aquéllas nos descubren que nuestra alma, á los ojos del Señor, está como Job en un muladar, cubierta de asquerosas llagas y exhalando un hedor que nadie puede soportar. Dios contemplaba á su querido Job con inmenso cariño, y así también lo ha hecho con nosotros; ésta es la prueba de lo que decimos: en virtud de las miradas dulcísimas con que se ha dignado contemplarnos Dios Nuestro Señor y de su benignidad incomparable, nos ha conservado la vida para que hagamos penitencia; inclina nuestras almas al arrepentimiento con las inspiraciones de su gracia, y nos manifiesta que quiere que le amemos; no sólo esto, sino además nos lo manda expresamente con un riguroso precepto.

¿Por ventura los pecados que hemos cometido y en que tanto nos hemos deleitado, no nos han hecho abominables á sus ojos divinos, tan abominables como la misma maldad (1)? ¿Por qué no humillarnos y aborrecernos santamente; por qué no buscar el desprecio de los hombres, queriendo ser tratados como la basura y el desecho de la sociedad? Esto es lo que hemos merecido por nuestras graves culpas; mas Dios Nuestro Señor, á pesar de todas ellas, quiere y nos manda que le amemos; ¡oh exceso incomprendible de su bondad infinita! Que las llamas de su amor divino abrasen nuestras almas y las conviertan enteramente á Dios; que seamos todo amor para con Él, y Él viva y reine para siempre en nuestro corazón.

II

Vengamos ya á la práctica del amor de Dios. Tratamos del amor verdadero, que no consiste en las palabras y en la lengua, sino en la obra y en la verdad; de aquel amor del cual decía Nuestro Señor dulcísimo: Si me amais, guardad mis mandamientos... quien ha recibido mis mandamientos y los observa, este es el que me ama... el que no me ama, no practica mi doctrina (2).

(1) Oseas, IX, X.

(2) Joann., XIV, 15.—XI, 14.

Para obtener el amor de que hablamos, es indispensable pensar en Dios: este es uno de los grandes medios que á Dios nos acerca y también le acerca á nosotros. Si no pensamos en Dios, no le conoceremos, y no conociéndole no le amaremos; el pensamiento de Dios es quien pone á nuestra vista la infinita grandeza del Eterno y su bondad amabilísima, su santa y adorable perfección, los innumerables beneficios que se ha dignado dispensarnos y todo cuanto de El puede mostrarnos. Ese pensamiento desprende nuestro corazón del amor del mundo, nos purifica y eleva, y hace que pongamos en Dios Nuestro Señor todo nuestro afecto al comparar la vanidad y la miseria, los desengaños y las amarguras del amor del mundo, con el amor divino, lleno de bondad y de riqueza, de inefables consuelos y dulzuras; amor que nunca cambia, y, siempre generoso, inunda nuestras almas de delicias.

Si pensamos en Dios, veremos en Él una santidad adorable y perfecta; una justicia que si bien nos llena de temor filial, no nos desanima para pedir misericordia.

Si ocupamos en Dios el pensamiento, éste nos dirá que Dios es nuestro Padre, y que su bondad y su clemencia le inclinan á nosotros para hacernos bien, y que nos ama con eterno y soberano amor, y que la hermosura de ese Padre es encantadora y perfectísima, y que en El no hay cambio ni sombra de mudanza, y que en amarle está nuestra dicha eterna y soberana,

y de esta suerte inclina nuestra voluntad al amor del soberano bien, y esa voluntad exclama enardecida: Yo te amo, oh Dios altísimo, hermosura divina, bondad infinita y único bien que llena todos mis deseos; mi eterna dicha y único blanco de todos mis afectos.

Si en Dios no pensamos, pensaremos sin duda en el mundo y en sus tristes vanidades; sus falsos encantos llevarán en pos de sí todo nuestro afecto, y entonces ¿qué lugar tendrá en nosotros el amor divino? No se juntan la luz y las tinieblas, ni la justicia con la iniquidad.

Pensemos, pues, en Dios; tal pensamiento nos alumbrará con la luz del cielo, y nuestro corazón tendrá que rebosar en divinas dulzuras. ¿Qué delicias podrán compararse con aquellas en que Dios inunda nuestras almas, al encender en ellas el fuego de su amor?

Una paz dulcísima y un gozo sin mezcla de amargura que el mundo no conoce, una elevación de sentimientos y una pureza que admiran y encantan, que sólo podemos conseguir en el amor divino.

No olvidemos un instante al que nunca nos olvida, que si así lo hiciésemos podría decirnos el Señor: Mi pueblo me ha olvidado innumerables días (1); mas, al contrario, acordándonos siempre de Dios Nuestro Señor, diremos con verdad estas palabras de Isaías: Todo el deseo de nuestra alma está cifrado en traer á la me-

(1) Hierem. I, 32.

moria tu nombre santo. Mi alma te deseó en medio de la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas á tí me habré de dirigir desde que amanezca (1).

Hablemos de Dios Nuestro Señor. Este es otro medio para conseguir el amor divino: si nuestra alma piensa en Dios, si este pensamiento la ocupa sin descanso, sin duda alguna hablaremos de Dios, porque la lengua habla de la abundancia del corazón; y en el libro de Job se nos dice: ¿quién podrá detener la palabra una vez concebida? (2). Nuestras palabras acerca de Dios Nuestro Señor no dejarán de producir conversaciones, no dejarán de producir un feliz resultado para nuestras almas. Esto podemos comprenderlo teniendo presente lo que sucede por el extremo contrario, que las malas palabras corrompen las buenas costumbres (3). El Apóstol Santiago, hablando de la lengua desenfrenada, dice lo siguiente: La lengua es un miembro pequeño, pero viene á ser origen de grandes cosas. Mirad que un fuego pequeño incendia un bosque muy grande. La lengua es un fuego, es un mundo entero de maldad; contamina á todo el cuerpo, y siendo inflamada por el fuego del infierno, inflama toda la carrera de nuestra vida.

Apliquemos esto en sentido contrario, á la

(1) XXVI, 8, 9.

(2) IV, 2.

(3) I Cor. XV, 32.

lengua que se ocupa en santas conversaciones. En este caso tendrá que ser origen fecundo de santísimas virtudes. Es un fuego, pero ese fuego es el del amor de Dios, que todo lo abrasa en sus hermosas llamas. Nuestra lengua purificará todo nuestro cuerpo, y estando inflamada en fuego de cielo, tendrá que comunicarlo á todas nuestras acciones.

Decía David de la palabra de Dios: ¡Oh Señor, tu palabra es encendida en gran manera: es de fuego! (1); ¿por qué no podríamos decir una cosa semejante de las santas conversaciones en que nos ocupamos del amor de Dios? Ellas serán, en efecto, un vivo fuego que nos abraza en las llamas de la divina caridad. No olvidemos, por lo mismo, estas palabras de los Libros Santos: El pensamiento de Dios esté fijo en tu alma, y sea toda tu conversación los preceptos del Altísimo.

Si los hombres del mundo hablan sin descanso de sus tristes vanidades, de sus amores profanos y en eso se deleitan miserablemente, ¿nosotros no emplearemos el tiempo en conversaciones que edifiquen á nuestros hermanos, y al hacerlo no gozaremos de inefables y santísimas delicias? Aun en esto, ¿tendrán que aventajarnos los hijos de este siglo? Aman con mayor vehemencia al mundo y sus placeres que nosotros á Dios Nuestro Señor, como lo prueban sus conversaciones casi nunca interrumpi-

(1) Ps. CXVIII, 130.

das, mientras nosotros raras veces lo hacemos. Corrijamos, pues, este defecto, y hablemos con muchísima frecuencia de aquel altísimo Señor, á quien amamos, y nuestras santas palabras avivarán más y más en nuestras almas el fuego del amor divino.

El reino de Dios no consiste en las palabras, sino en la virtud, en las buenas obras. Este es otro de los medios absolutamente indispensables para conseguir el amor de Dios Nuestro Señor, las buenas obras, porque ni los pensamientos ni las palabras pueden bastarnos si carecemos de obras de virtud. No entrará en el reino de los cielos quien á Dios le diga: Señor, Señor, sino el que hubiese cumplido la voluntad del Padre celestial. Son aquellas obras testimonio irrecusable del amor que á Dios Nuestro Señor tenemos. Ahora preguntamos: ¿de qué manera nuestras buenas obras nos llevarán al Señor con grandes méritos y por un camino muy fácil y seguro, verdaderamente delicioso? Teniendo en todas ellas la más pura intención, ofreciéndolas á la gloria divina y al cumplimiento de la santa voluntad de Dios; y esto lo conseguiremos sin dificultad alguna si cada día, al despertar en la mañana, levantamos nuestro corazón á Dios y le decimos: Señor, ofrezco todas las obras que hiciere en este día á mayor gloria vuestra y para cumplir con ellas vuestra santa voluntad. Repitamos esto mismo al principio de cada una de ellas.

No debemos buscarnos á nosotros mismos en

nuestras buenas acciones, ni hay que practicarlas por respetos humanos, por vanidad, ni por amor propio ó por vanagloria, ni por ningún otro motivo que sea desagradable á los ojos del Señor. ¿Qué nos ganaríamos con obrar de una manera tan indigna? En vez de ganar perderíamos muchísimo. Hablando nuestro Maestro divino de las obras que se hacen sin la debida intención de agradar á Dios, dice lo siguiente: Guardaos de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres con el fin de que os vean; de otra suerte no recibiréis el galardón de vuestro Padre, que está en los cielos (1), y en vez de premio mereceremos el castigo por el mal fin con que obramos.

Si deseamos no perder las riquezas que hemos tal vez atesorado con las buenas obras, no las pongamos en un saco roto, según la expresión de un profeta (2), sino guardémoslas en la rectitud y pureza de intención, la gloria de Dios y el cumplimiento de su santa voluntad, que deben ser cual sellos preciosos que grabemos en todas nuestras acciones. San Bernardo nos indica tres grados de admirable pureza y rectitud de intención, por los cuales podemos subir y adelantar en el camino de la santidad. Consiste el primero en buscar la gloria de Dios en todas nuestras obras, de tal suerte, que sólo Dios y el cumplimiento de su santa voluntad

(1) Matth. VI, 1.

(2) Aggel, 1-5.

sean nuestro contento, sin acordarnos para nada de las cosas del mundo. El grado segundo incluye no sólo el olvido de todas las cosas exteriores, sino también el de nosotros mismos, amándonos en Dios, por Dios y para Dios únicamente. Consiste el último grado de la perfección y amor de Dios, en que ese olvido de nosotros mismos nos haga pensar únicamente en agradar á Dios y en que Él se agrade y contente de las obras que hacemos, sin pensar en nosotros, cual si no existiésemos (1).

Tanta elevación, es, en verdad, admirable, y muy pocos son los que llegan á la cumbre de ese altísimo monte de Dios. ¡Ay de mí, decía también San Bernardo, que no me puedo olvidar enteramente de mí! ¿Cuándo estaré, oh Señor, unido y transformado en Vos por medio del amor, olvidado de mí y siendo mi espíritu uno con Vos, y no amando cosa alguna en mí mismo, ni para mí, ni mi persona, sino todo en Vos y para Vos? Esto es propio de la vida futura; corresponde al cielo más bien que á la tierra, donde siempre tendremos que lamentar imperfecciones y defectos en nuestra conducta (2); mas nada impide que hagamos cuanto esté de nuestra parte para alcanzar la mayor pureza y rectitud de intención en todas nuestras obras, pues no tratamos de agradar á los hombres, sino á Dios, que nos ha dicho: Son

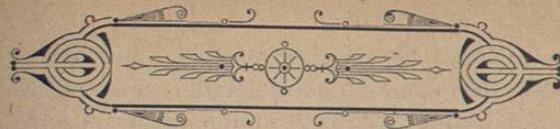
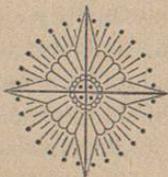
(1) *De dilig. Deo.* Cap. 6 et 7.

(2) Rodríguez, *trac. III, cap. XIV.*

tus ojos la antorcha de tu cuerpo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso (1). Esto es lo que produce la pureza de intención (2). Brille, pues, en nuestras obras la gloria de Dios con toda su belleza y sus encantos, y en ellas sea cumplida su santa y adorable voluntad.

(1) Matth. VI, 22.

(2) D. Gregor. mor., lib. 38, cap. III.



CAPÍTULO XIX

EL AMOR AL PRÓJIMO

I

EL segundo mandamiento de la ley de Dios es semejante al primero: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.— Debemos amar á nuestro prójimo, porque Dios le ama; porque en el prójimo está impresa la imagen de Dios; porque es nuestro hermano, y el Hijo de Dios le ha redimido con su sangre preciosa; porque tiene el mismo fin que nosotros.

Debemos amarle, porque si no amamos al prójimo, á quien vemos, ¿cómo podremos amar á Dios, á quien no vemos? (1). Conocemos, decía San Juan, haber sido trasladados de muerte á vida, en que amamos á los hermanos. El que no ama permanece en la muerte..., este es el mandamiento de Dios: que creamos en el nombre

(1) Joann., IV, 20.